Revista Ejército, año XVIII, nº 214, noviembre/1957, pp. 13-20

# LA GUERRA DE LIBERACION
## Vista desde el lado rojo.

General de E. M. *José DIAZ DE VILLEGAS Y BUSTAMANTE,* Director General de Plazas y Provincias africanas.

Se ha escrito mucho, aunque nunca lo suficiente, sobre nuestro glorioso Alzamiento Nacional. Pero realmente se ha escrito menos de la guerra en el campo enemigo. Y ello no es sólo necesario para completar el panorama de la Cruzada, sino también útil para deducir enseñanzas y, sobre todo, normas de conducta que jamás debemos olvidar.

He aquí la primera de las preguntas: ¿Quién mandaba en la zona roja? Tal es la cuestión. Una cuestión trascendente y esencial. Porque, como vamos a ver, en la España roja mandaba Rusia y sólo Rusia. Tal era la realidad. Rusia quería hacer de nuestra Patria—según dijo Lenin—el "Estado comunista número 2 de Europa". Para eso se apoderó de la España marxista e instauró allí su ley y sus procedimientos. Tal fué, en lo esencial, la significación de nuestra Cruzada. Y la razón de toda la trascendencia del triunfo, que evitó para la Patria tan horrible esclavitud, y para el mundo libre la perspectiva probable de un Occidente europeo dominado, ahora, por la Unión Soviética.

En prueba de cómo Rusia logró en la zona marxista española una ingerencia total, brindamos por ahora, a quien lea, este relato de dos episodios elocuentes de su intervención: la batalla de La Granja y la de Brunete, según cotejo absolutamente fiel, no de todos, sino de algunos de los textos rojos.

Las enseñanzas de los hechos que relatamos no son ni estratégicas ni tácticas; son más importantes y generales. Nos muestran la brutal apetencia de dominación de Rusia y cuáles son sus métodos de terror para imponerse. Un millón de muertos fué el precio de nuestra victoria, de la liberación española y de la primera y, hasta ahora, única derrota del comunismo ruso. Celemos el triunfo. El enemigo no ceja. Nos sabe fuertes, pero es astuto y obstinado. ¡Alerta, pues! Quizá sueña con el descuido o el olvido. Nuestras armas velan la paz. Somos los guardianes de las glorias de cuantos cayeron por Dios y por España; de la tranquilidad de nuestros hogares; la garantía que nadie más hollará nuestro suelo, nuestra fe, ni nuestras instituciones tradicionales; de que España no será jamás un satélite de Rusia, ni de nadie.

### I. LA BATALLA DE LA GRANJA

Este nombre de la batalla es unánimemente aceptado, pero pudo haberse llamado con más exactitud de modo diferente; por ejemplo: de Navacerrada o de Balsain o Cabeza Grande. Fué ésta una operación de diversión—aunque ambicionaba conquistar Segovia—, lanzada por los rusos y confiada a uno de esos generales no españoles que dirigieron la guerra del lado rojo. Esta vez el elegido fué Walter, un polaco a las órdenes de Moscú, como lo estaban todos los mandos del llamado Ejército Popular.

Tenía sobrada razón nuestro Generalísimo al afirmar que en el Norte estaba la victoria. Lo mismo admitían, sin discusión, Azaña y Prieto y tantos gerifaltes más del contubernio marxista-republicano. Sólo Irujo discrepaba. La simplicidad de este pobre diablo llegó incluso a acariciar un plan estratégico consistente en que el Ejército vasco, *que se batía con ardor gracias a la concesión del estatuto autonómico*, descendiera, por Soria, hasta Sigüenza, para resolver la situación de Madrid... La verdad era que por allá arriba las cosas iban de mal en peor para los rojos. El 29 de mayo, las tropas nacionales habían entrado en contacto con el "Cinturón de Bilbao". Guernica, Durango, Ondárroa, Motrico, Amorebieta, Bermeo..., en fin, todas las poblaciones de Vizcaya, apenas con la sola exclusión de la capital, habían sido liberadas. Ese mismo día, Prieto destituyó a Martínez Cabrera y nombró en su lugar a Gamir. En realidad todo estaba allí ya decidido. El 19 de junio, Bilbao fué a su vez liberado. Gamir declaró que había perdido en la defensa 32.000 hombres. El éxodo a Santander se desencadenó en consecuencia. Azaña—ésta y las siguientes son referencias suyas—se enteró del desastre por la radio nacional. Llamó por teléfono al Estado Mayor del Ministerio de Valencia. Allí nadie sabía nada. El 22 es obligada la reunión del Consejo de Ministros rojo. Irujo, ¡el del plan para levantar el cerco de Madrid!, está *pálido y como muerto, desplomado en el sillón. Más afectado está aún Prieto, pero lo demuestra menos,* comenta el

Presidente de la República en sus notas. Aguirre, Presidente a su vez de la flamante República de Euzkadi, se apresura a poner un telegrama a todos los Gobiernos del mundo pidiéndoles ayuda para el pueblo vasco. Azaña califica esta decisión de *incorrección tan grave como estéril.* Podría tachársela, con mejor precisión, de "tartarinesca". Tan tartarinesca como aquella otra conquista que se malogró de Baleares, imaginada por la "Generalitat", basada en una pura *cuestión sentimental.* Los Gobiernos "republicanos-separatistas-comunistas" son dignos de una nueva versión de algún nuevo Daudet si no fuera porque el veneno lo invadía allí todo. Por ejemplo, en aquel plan que Buzón denunció a Azaña, según el cual los nacionalistas vascos preferían entregar su pueblo a los ingleses antes que a los españoles de Franco.

*Gran depresión. Después, la gente se recobra y hasta otra...*, es el cínico comentario azañista al desastre vasco. El Gobierno de Valencia y su Estado Mayor pensaron, en efecto, en ofensivas centrales, de diversión, con ambiciones más o menos amplias, a fin de hacer cambiar al Generalísimo su plan. La historia de la guerra ha recogido, en efecto, primero, un ataque marxista feroz en torno de Madrid, principalmente sobre la Ciudad Universitaria, en febrero y marzo de 1937, que constituyó una horrible sangría para los ofensores y un gran triunfo para los defensores. Fracasado este intento, se proyectaron otros planes, porque la situación en el Norte iba para ellos de mal en peor, y era menester hacer algo.

¿Cómo liberar al Norte del agobio de la presión, cada vez más intensa, de los nacionales? Tal era el problema que la ofensiva de Franco, que iniciara el General Mola y continuara luego el General Dávila, planteaba de modo apremiante en Valencia, en Madrid y... en Moscú. ¡En Moscú, desde luego también, como vamos a ver en seguida!

Largo Caballero tenía un plan. Largo Caballero era, a la sazón, el Jefe del Gobierno rojo. Como observaremos, poca cosa. Porque en la España "leal" mandaba solamente Stalin. El plan de Largo consistía, según nos explica Hernández, el que se llamara a sí mismo: "Yo, ministro de Stalin en España", en la siguiente maniobra: *Largo Caballero proyectó una gran operación ofensiva en el frente extremeño; ocupar Mérida y Badajoz; cortar los Ejércitos rebeldes del Norte y del Sur; aislar la frontera portuguesa, base principal de la llegada de suministros extranjeros al enemigo; ocupar Sevilla; cerrar la vía naval del Mediterráneo a los facciosos, y como finalidad máxima, infligir una derrota aniquiladora al adversario. El plan, sin duda*—aclara el ministro staliniano, por si el que lee no se ha fijado—, *tenía un carácter ofensivo de altos vuelos, que buscaba la solución de la guerra por medio de operaciones decisivas.*

En efecto, partir en dos el Ejército nacional; tomar las dos ciudades extremeñas citadas; cubrir la frontera portuguesa; ganar Sevilla, y cerrar *la vía naval del Mediterráneo* (?), era suficiente, sin duda, para desplomar al propio Napoleón; tan genialmente decisivo como el acuerdo del cuento en el que los ratones determinaron poner un cascabel al gato...

Pero el plan de Largo Caballero no tuvo fortuna. Aquí empieza la fase más curiosa del enredo tras de las trincheras. Cierto que le aceptó el Estado Mayor de Valencia. Y el *Gobierno legítimo.* Pero los rusos no le aceptaron. Miaja empezó por no aceptarle, plegándose a las indicaciones soviéticas. Y era el General en Jefe del Ejército Republicano del Centro. Kulik, el General ruso, había dado orden de no obedecer. Y, desde luego, el plan quedó inédito. Nadie fué capaz de levantarle. Pero es instructivo saber cómo. No se olvide que estamos viendo la guerra del lado rojo. Y a la postre, la lección no es inútil. Nadie ignora que las guerras se ganan o se pierden, casi siempre, en las retaguardias.

Azaña, Largo Caballero, Hernández y hasta el encargado de Negocios de la Embajada soviética, Gaikans, nos han explicado al detalle cómo fracasó el plan sin ponerse en práctica, ni intentarlo siquiera. (Es seguro que de haberlo logrado, el desastre militar hubiera sido, no hay que decirlo, total.)

Manuel Azaña hace este relato de cierto despacho que tiene con Largo Caballero. Este le habla de *un asunto grave. El General Miaja está insubordinado*—le dice—. *No ha cumplido las órdenes de enviar a Extremadura siete Brigadas de guarnición en Madrid.* No contento con esto, sigue relatando el Presidente del Gobierno rojo, autorizó dicho General la reunión de los comandantes de los Cuerpos de Ejército y División del Ejército del Centro, que firmaron conjuntamente un acta, que desautorizaba este movimiento por peligroso, ya que implicaba el alejamiento de Madrid de 75.000 hombres. Por añadidura, de este escrito no sólo se había remitido un ejemplar al Ministro de Defensa, Prieto, sino también copias al Presidente de las Cortes y ¡¡al secretario del Partido comunista!! Esto equivalía a "dar parte" al Kremlin. En realidad, no se hacía, por cuanto diremos a continuación, más que cumplir las órdenes de éste. El caso, explica Azaña, fué reservado para Consejo de Ministros. La gravedad no debió parecerle tanta, o, al menos, comprendió que habría sido inútil decidir prácticamente sobre el caso. En efecto, tratada en el Consejo, la cosa se dilató. No recayó acuerdo. Y así quedó Miaja "insubordinado" y "saboteado" el plan, según palabra precisa de Largo Caballero. ¿Pero quién se iba a decidir a llevar la contraria al Kremlin?

Por su parte, el Ministro comunista Hernández cuenta más cosas, igualmente elocuentes, de lo que pasaba, a la sazón, en el campo del Gobierno *"legítimo"*, *"republicano"* y *"democrático"*. He aquí sus revelaciones sobre la cuestión: el *"buró"* del Partido comunista español debía reunirse inmediatamente, según orden de los "tovarich" de la Embajada soviética. De este *"buró"* español formaban parte los dos ministros comunistas, Hernández y Díaz, Uribe, Checa, "La Pasionaria", Mitje y la Delegación de Moscú, con nombres tan exóticos y poco hispánicos como los de Stepenov, Togliatti, Marty, Orlov—el jefe de la más famosa

"cheka" nacional, la llamada "Lubianca española", de Alcalá de Henares—y, en fin, el mismísimo Gaikans, que había sustituído a Rosenberg en el cargo de Embajador ruso en Valencia. Este último había fracasado con Largo Caballero, y Moscú le había sustituído. Sólo que su sustituto, el citado Gaikans, traía sobre el particular órdenes tajantes. Stalin no admitía discrepancias. Gaikans, en la reunión del *"buró"* político *"español"* dijo, al efecto, que era menester obedecer las consigna de *"La Casa"*. (Con esta expresión, en la zona roja, se denominaba siempre al Kremlin.) En consecuencia, era preciso arrojar del Gobierno a Largo Caballero. El plan quedó trazado sin más. Hernández, ministro del Gobierno de Valencia a la sazón, debería pronunciar, para tal fin, un discurso violento y por sorpresa para derribar en el acto a aquél. Justamente lo que ocurrió pocos días después. Luego no hubo más que sustituir a Largo por Negrín, elegido por Moscú, impuesto por Gaikans y "sugerido" por Hernández. Era el hombre que agradaba en Rusia, sencillamente. Ya del provocado espectáculo del mitin valenciano, Hernández hace un cínico y definitivo comentario. El local estaba abarrotado. La música tocaba un himno revolucionario, y los presentes entonaban la letra correspondiente:

*"Ni en dioses, Reyes ni tribunos*
*está el supremo salvador..."*

*(Todos ellos*—observa Hernández—*tenían, sin embargo, un Dios: Stalin. Todos ellos tenían, por añadidura, un reino: Moscú. Y nosotros, yo el primero, se lo habíamos esculpido en los sesos...)*

¿A qué obedecía la hostilidad del Kremlin contra Largo Caballero, antaño bautizado nada menos con el nombre de *"Lenin español"*? Gaikans dice que porque se resistía a suprimir el periódico "La Batalla" y a declarar la ilegalidad del P. O. U. M., Partido Obrero de Unificación Marxista, que sabía a trotskysta para los rusos. Hernández apunta que a supuestos manejos de Largo, en torno de Marruecos, poco gratos a Rusia. Según aquél, se trataba de un reparto de la zona antigua de Protectorado español, que, probablemente, Rusia ambicionaba y que suponía suya cuando el comunismo triunfara en la Península. Manejos en Marruecos debió de haberlos por aquellos días, porque Azaña aludió, en cierto discurso en la Universidad de Valencia, a la revisión de lo que llamaba problema marroquí. Pero más cauto, Azaña ha explicado que sólo se trataba de grotescos proyectos del subsecretario de Asuntos Exteriores y de algunos agentes para levantar las cábilas, alentando en esta rebelión a las moras. Nos basta, sin embargo, con concluir que la obstinación de Largo, para operar en Extremadura, de nada sirvió. Ni se operó entonces, ni se operaría luego, ni siquiera aquél pudo sostenerse en la Presidencia del Gobierno.

Moscú ganó así su primera baza. E impuso otro plan: inicialmente atacar en la Sierra, luego... volver a atacar en Brunete, con olvido total y




definitivo de la operación de Extremadura. Veamos el espectáculo de la retaguardia roja a la sazón. Es instructivo. En la primavera de 1937, las Brigadas Internacionales, pagadas por el Gobierno republicano español, pero dependientes del Estado Mayor soviético, estaban concentradas de este modo en el sector central: la XI, en la zona de Fuencarral; la XII, en la de La Alcarria; las XIII y XIV, en la de El Escorial, y la XV, en Alcalá de Henares. El Cuartel General de estas tropas, mal llamadas "Internacionales", porque si lo eran sus componentes, la verdad es que en el fondo podían llamarse rusas, por cuanto decimos, radicaba en la casa número 63 de la madrileña calle de Velázquez. Los Cuarteles Generales superiores de las unidades y de la Prensa más significada habitaban en el Hotel Gailord, y los personajes menos importantes en los Hoteles Gran Vía y Bristol, de la Gran Vía madrileña. En el Gaylord todo era lujo y juerga. Allí estaba Walter, el general de la ofensiva que se incubaba; Goriev, el agregado militar de la Embajada soviética, y entre tanto personaje más, el mismo Illya Eremburg, el cronista de "Pravda", el famoso literato ruso, "Premio Stalin", modelo acabado de desvergonzado concupiscente, que habitaba allí con su mujer y una de sus amantes. En el Gailord—nos refiere un cronista americano simpatizante con la causa roja—no se hablaba en español. Ruso, sí. Y otros idiomas asimismo. Pero el español, muy raramente. Y no porque faltaran allí, de vez en cuando, algunos *"generales republicanos"* destacados, desde luego comunistas, dispuestos a consumir la amplia racción de "vodka" correspondiente. Por allí iban, en efecto, Valentín González, que jamás fué hombre de campo, y cuyo apodo "El Campesino" se lo adjudicaron los rusos por aquello de buscar adeptos, aunque no los lograra, en el medio rural español. "El Campesino" hablaba ruso. Dice nuestro citado informador que lo había aprendido en Rusia misma, en donde había estado preparándose para su actuación militar posterior. También iba por el Gailord, Líster, que hablaba dicha len-

gua también y había estado, al parecer, asimismo en la U. R. S. S., en congresos y misiones del Partido. En cuanto a Modesto, el tercer "general" comunista español relevante, sabía—dice la referencia—un ruso aprendido en Berlitz, porque este ex carpintero andaluz jamás había salido de España.

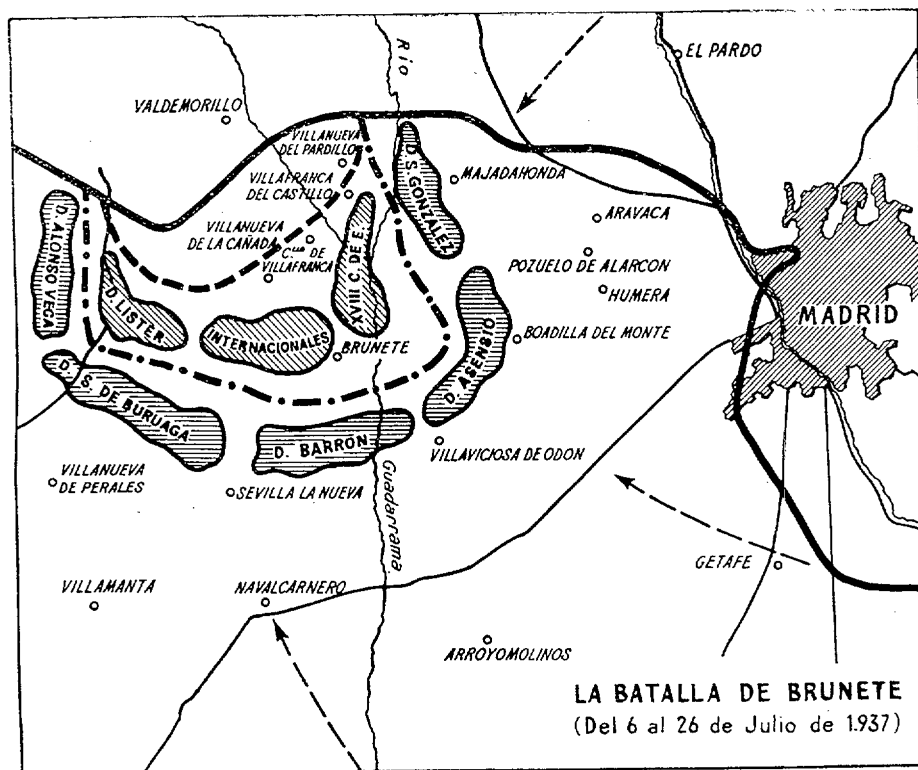
La batalla de La Granja fué así impuesta por el Estado Mayor rojo y dirigida por un general comunista, Walter. Aquél había comenzado negándose a aceptar el plan de la ofensiva en Extremadura. Miaja, obediente a los comunistas, no había dado soldados para ello, y Karkok, de orden de Stalin, ni había prestado las Brigadas Internacionales, ni facilitado la aviación. Así, bajo tales premisas, la ofensiva de La Granja iba a ser lanzada sin que en su gestación apareciera clara la actitud de Prieto, el ministro de Defensa, según afirmación concreta de Salvador Madariaga (a quien por sus conocimientos políglotas llamaba Ortega y Gasset *"tonto en cinco idiomas")*. La ofensiva de La Granja tenía, en lo militar, dos objetivos principales: lograr un éxito en la Sierra, que liberara al Norte de la Península de la presión de Franco, y servir de ensayo y tanteo para la que luego el Estado Mayor soviético estaba decidido a realizar en Brunete.

El ataque se desencadenó el 31 de mayo de 1937, dos días después de haber entrado los nacionales en Vizcaya, en contacto con el famoso "Cinturón". La ofensiva llevaba el sello ruso, pues se aprovechó para experimentar el fusil soviético de 42 libras y 200 tiros por minuto, además de ponerse en línea carros también soviéticos, con piezas de 37.

El resultado del intento es harto conocido. Fué un desastre rojo colosal. Como es de rigor en tales casos, las acusaciones entre sí de los dirigentes derrotados fueron feroces. Walter culpó del fracaso al "general" Dupont, francés, a quien los soldados rojos llamaban "Kodak" por su pasión de hacerse retratar. Pero "Kodak" estaba apoyado por todo el sindicalismo parisiense, y, naturalmente, nadie se decidió a eliminarlo, aunque fueran muchos los fusilados y aun apaleados por orden del irascible y brutal Walter. Todo se redujo a que Dupont, con sus hombres, fueran separados de la Brigada Walter. El epílogo de la batalla de La Granja fué, como el de tantas otras—desde la de Talavera, a la que seguiría luego de Brunete—, un verdadero marathon, un *"sálvese quien pueda"* en busca de Madrid.

El general Varela, con la cooperación de algunos elementos de la División Barrón, había restablecido el frente rápidamente tras de recuperar los pinares de Balsain y el cerro de Cabeza Grande, perdidos en la sorpresa inicial. La ofensiva roja, ahogada en sangre, había fracasado del modo más rotundo y definitivo. Sin embargo, Moscú no desistió de su plan. Al fin hacía la guerra con medios ajenos. La carne de cañón se la proporcionaban las secciones del comunismo internacional. Y el "Gobierno legítimo", refugiado en Valencia. Los medios materiales, el oro de nuestro Banco. Pascua, el embajador republicano en Moscú, se lo explicaba a Azaña cierto día. Stalin no había creído, desde el primer día de la guerra, en el triunfo de la causa republicana. Estaba seguro que jamás podría lograr la victoria. Pero como a Moscú le interesaba la prolongación de nuestra contienda, para fines concretos de la política internacional soviética, la orden de resistir a toda costa iba a costar tres años casi de batallar incesante, un millón de vidas y sabe Dios cuánto dinero... Los españoles rojos no tenían por qué opinar. No llevaban más misión que la de obedecer sin más. Justamente, la que estaban cumpliendo tan servil y miserablemente. Es curioso cómo en España, y en todas partes, la bestial brutalidad de los comunistas, con quienes no lo son, se transforme súbita e invariablemente, en los agentes de Rusia, en una ciega y repugnante servidumbre.

* * *



LA BATALLA DE BRUNETE
(Del 6 al 26 de Julio de 1.937)

## II. LA BATALLA DE BRUNETE.

La batalla de Brunete fué, sin duda, una de las más importantes y decisivas de la guerra, perfectamente fiel a los métodos modernos de combate, modelo, en este sentido, por más de una razón; batalla que acumuló considerables fuerzas y elementos, y que duró veintidós días. En un sector, aproximadamente, de 1.200 kilómetros cuadrados, a la puerta misma de Madrid, combatieron, entre los dos bandos, unos 100.000 hombres, apoyados por medio millar de cañones y dos centenas y media de aviones. La batalla de Brunete fué otra operación impuesta por los rusos, dirigida por ellos, y en la que abundó material soviético también. Rusia mandaba, sin duda alguna, en la llamada España roja.

El 19 de junio, repetimos, había sido liberado Bilbao. Sin pérdida de momento, Franco montaba la maniobra de Santander. Preparaba, a la sazon, esta ofensiva sobre la capital montañesa cuando los rusos decidieron desencadenar la segunda parte de su plan—la primera había sido el ataque, en Navacerrada, que les condujo al desastre de La Granja—con la operación ordenada desde Moscú, sobre Brunete, que aspiraba a cortar el saliente del frente nacional, cuyo extremo era la Ciudad Universitaria, en el mismo contorno de Madrid; desencadenando dos ataques convergentes, uno que debería lanzarse de Sur a Norte, por la cuesta de la Reina, y otro, más importante, de Norte a Sur, hacia Brunete, secundado por acciones ofensivas locales, en Usera y Retamares. El frente madrileño, el saliente oriental que culminaba en el Hospital Clínico, debería ser así decapitado, seccionándole según la línea Griñón-Navalcarnero-Navalagamella, lo que permitiría tomar de revés a los nacionales todo este saliente, una vez seccionado, en una operación de gran estilo, que pudiera ser decisiva para la marcha de la guerra. Este plan, maravilloso sobre el papel, era del Estado Mayor ruso—y no de Miaja, ni de Rojo, ni de ninguno de los pobres hombres al servicio del "Gobierno legítimo".

Desde Valencia se ordenó a Asturias y a Santander, ¡en trance de sufrir la ofensiva nacional!, que atacaran para secundar el plan Brunete. Gamir Ulibarri no se anduvo en chiquitas. El también lanzó su plan, del tipo del de Irujo que comentamos antes, para actuar en el Norte, que consistía nada menos que en lo siguiente: reunir una masa de maniobra en Reinosa y atacar a todo lo largo del Ebro, apoyando el flanco en este río para aislar Navarra y unirse a las fuerzas de Aragón. Tan peregrino debió parecerle todo esto al Estado Mayor valenciano, que el plan fué rechazado sin más, aunque justificando la negativa *a pesar del agrado con que se había recibido, por la situación política de Cataluña.*

Para la batalla de Brunete, los rojos habían concentrado lo mejor que tenían: la División de Lister—el hombre que se tenía por el más valiente del mundo, a juicio de un comentarista americano, de los del Gailord—, la de Walter—el fracasado en La Granja—, la de "El Campesino", el otro incondicional de los rusos, que luego ha dicho de ellos tantas y horribles cosas, y, en fin, las Divisiones 3, 10 y 45, parte de la 34 y las Brigadas Galán, Zulueta y Naval; en total, 55.000 hombres, con 130 piezas y 150 aviones. Además, el Cuerpo de Ejército 18—el anterior era el 5—, con unos 25.000 hombres más, se situó estratégicamente en la zona inmediata, El Escorial-Torrelodones-Las Rozas.

La batalla de Brunete iba a comenzar. El 5 de julio de 1937, todas las tropas comunistas estaban ya en sus bases de partida al anochecer. Aquella misma noche la batalla debería iniciarse...

¿Pero cómo pudo ser esto? El llamado Gobierno republicano, el Ejército del Pueblo y el Estado Mayor rojo español, ¿no propugnaban insistente y decididamente la "Operación Extremadura"? ¿No la había ordenado, en definitiva, aquél? Pues, en efecto, sí. Pero... Lo mejor, en fin, es que el lector mismo vea lo que nos ha contado, al efecto, el ministro comunista Hernández, de modo claro y concluyente. Ello lo explica todo. La escena se desarrolla en los alrededores de Madrid, junto al



Henares, exactamente en Alcalá. Escribe así aquél: *"Por aquellos días fuí requerido para que, juntamente con el otro ministro del Partido, me trasladara a Alcalá de Henares, lugar en el que se hallaba emplazado el puesto de mando del general Kulik. Una mesa, bien surtida de caviar y de "vodka", de queso y de jamón, de aceitunas y de cigarrillos rusos de larga boquilla de cartón, amenizaban nuestra charla. Kulik era un tipo rudo, pero simpático. Imponente, fuerte y alto, daba la sensación de un oso polar. No era torpe. Conocía bien su oficio militar. Junto a él, toda una serie de ayudantes rusos, comunes y corrientes. A los pocos minutos de llegar nosotros dos se presentaron Togliatti y Codovila. Frente a mí, sobre la pared, una enorme carta militar, con una serie de banderitas rojas y azules, señalaban la demarcación de las dos Españas y la situación de los distintos frentes. Entraban y salían ayudantes, que pasaban a Kulik pequeños papeles escritos. Gruñía el oso, se daba por enterado o bien trazaba rápidas notas sobre los mismos partes y los devolvía en silencio. Era casi mediodía; había transcurrido más de una hora desde nuestra llegada, y la conversación transcurría intrascendente. Se comía y se bebía, pero no se abordaba el tema preciso que debía haber motivado nuestra llamada."* Al fin, Hernández nos explica que se decidió a romper el hielo y preguntar de lo que se trataba. Kulik contestó que *"todavía no había llegado el correo que debería traerle cierta información de la Embajada soviética de Valencia."* Por fin, Kulik hizo llamar a esta capital, pero momentos después entraba un motorista, saludó militarmente, y sacando de una enorme cartera un sobre lacrado, se lo entregó a Kulik. Fué menester, sin embargo, descifrar el despacho. Cuestión breve que se aprovechó bebiendo y comiendo más. Al fin, la esfinge habló: *"Kulik tosió y dijo*—continúa Hernández—: *Moscú nos notifica que la operación de Extremadura es improcedente... El plan de Asensio, siguió Kulik, es un plan que no tiene en cuenta que, en el frente Norte, existen casi tantas posibilidades de ofensiva como en la zona central...; el plan de Asensio-Caballero desdeña la coordinación necesaria con el frente Norte; prescinde de ella menospreciando la ventaja estratégica que la situación nos ofrece...; olvida que el centro de gravedad del enemigo está muy alejado de Andalucía y Extremadura; que tiene en proporción mayores efectivos que los nuestros, y que, por lo tanto, la proyección de nuestra ofensiva en esa dirección es poco favorable."* La razón de la asistencia de Hernández y Díaz a esta reunión de Alcalá se les explicó después. Debían de obligar al Gobierno rojo a que retirara semejante plan. El oso polar les dijo sin remilgos: *"La operación no debe llevarse a cabo en modo alguno... Ustedes verán cómo se las apañan"* (!) Y dicho esto, Kulik sirvió "vodka" a todos y justificó, como pudo, la medida. "*Observaba el aplomo con que Kulik hablaba*—comenta el relator de esta escena sorprendente— *y no podía sustraerme a la idea de que si el comunicado de Moscú hubiera tenido un contenido contrario habría expuesto con el mismo énfasis razones distintas para argumentar en favor de la operación. Lo que Kulik hacía ahora es lo que luego haríamos nosotros: obedecer. Podría ahorrarse la explicación diciéndonos: lo ha ordenado Moscú..."*



Así se decidió dar de lado al llamado "plan Caballero"—el de la "operación de Extremadura"—; realizar el ataque en Brunete, la caída del propio Largo Caballero, que había dejado de ser grato a Moscú, y su sustitución por Negrín, que prometía obedecer ciegamente, sin rechistar. Y para que nadie se extrañe hasta dónde llegó la ingerencia y el poder de la U. R. S. S. en la España que detentaba, he aquí cómo se resuelve el último punto político apuntado: la designación de Negrín para la Jefatura del Gobierno. Va a ver a éste, por encargo del Partido—en realidad, de *"La Casa"*—, el propio Hernández que hace el relato. Unas copas de "whisky" previamente ambientan la entrevista, mientras que aquél entra así seguidamente en materia: *"Doctor, el Buró político de mi Partido aconseja (!) al Presidente de la República la elección de usted para primer ministro."* Negrín objeta que él es poco popular. Pero Hernández ataja: *"La popularidad ¡se fabrica! Sin duda alguna* —añade—, *si alguna sección tenemos los comunistas bien organizada es la de "Agit-Pro" (Agitación y Propaganda)."* Negrín añade luego que él no es comunista. Pero Hernández le aclara lo que se pretende: *"Es mejor así. De ser usted comunista no podríamos proponerle para el cargo de Presidente del Consejo. Queremos un Presidente amigo de*

*los comunistas... nada más, pero tampoco nada menos.*" Así fué elegido jefe del Gobierno republicano este señor Negrín, licencioso, frío, sin arraigo ni popularidad, pero propicio a hacer cuanto le mandara el Partido comunista diligente y fielmente enmascarado tras de su filiación republicana. El farsante, fácil y dócil, de torvos apetitos, que "*La Casa*" buscaba había sido encontrado. Azaña le nombraría en seguida Presidente del "*Gobierno legítimo*". La farsa continuaba. Y la sangría humana de la guerra también. Pero a Rusia le convenía así, y era ella quien mandaba.

En este clima político y moral (!) debería desarrollarse la batalla de Brunete. Vista del lado rojo, el marco resultaba así no menos interesante que el mismísimo campo de batalla.

El ataque ruso se produjo tal como se había proyectado, por sorpresa. Al amparo de ésta penetró aquél con cierta profundidad, aunque con muy escaso frente. En realidad, la cobertura nacional era débil: menos de una unidad tipo Batallón, en Quijorna; otra tipo Compañía, en Los Llanos; una modesta jefatura de subsector y escasos elementos, en Brunete; una unidad tipo Batallón, también, en Villanueva de la Cañada; dos compañías y una batería, en Villafranca del Pardillo, elementos todos de la División 71, que, con su actitud heroica, malograron el éxito de la operación en los primeros momentos, como veremos. En efecto, aunque la línea, como era natural, cediera inicialmente, la hernia resultante quedó limitada por Quijorna, un punto algo al sur de Brunete y otro al este de Majadahonda; y la verdad es que, canalizado así estrechamente el ataque, dió tiempo a la llegada, tras de las reservas inmediatas, de las divisiones 12, 13 y 150, más las Brigadas navarras 4 y 5 y una División de Galicia, la 108, desplazadas, al efecto, desde el Norte. Así, el peligro de una ruptura pasó pronto. Aunque el jaleo de la Prensa enemiga intentó sacar las cosas, como siempre, de quicio, en el campo rojo comprendieron bien la realidad de la situación. A los tres días justos de haberse desencadenado el ataque—anota Azaña en sus Memorias—, Prieto le dijo desde Madrid, por teléfono, que "*las operaciones iban bien, aunque presididas por una lentitud desesperante*", eufemismo claro de que la sorpresa no había dado sus frutos. Esto es, que la ofensiva había rotundamente fracasado. Azaña comenta la noticia esta vez con exactitud: "*Opiné mal del resultado*—dice—. *Lentitud, esterilidad de la sorpresa, fracaso.*" Justamente lo que sucedió.

Todo el aparato propagandístico, realmente abrumador, montado en previsión de un éxito que se daba por seguro, hubo que desmontarle con rapidez. Nada menos que tres o cuatro ministros de Valencia, además de Prieto, que lo era de Defensa, fueron a Madrid, acompañados de un nutrido cortejo de "mandamás", periodistas y propagandistas. "La Pasionaria" no fué excepción a este respecto. Estaba prevista por Negrín la reunión de un Consejo de Ministros en Majadahonda, si el éxito se consolidaba. Pero en Majadahonda las cosas no estaban para Consejos de Ministros y para propagandas espectaculares. Porque la bolsa inicial se rectificó pronto, para quedar, en definitiva, jalonada por la línea Villanueva de la Cañana-Majadahonda. Al fin, tras de una briosa contraofensiva nacional, el 25 de julio, justamente a los veinte días de haberse desencadenado, la batalla terminaba. Alguien animó al Caudillo para aprovechar aquel espléndido éxito que los rusos le habían brindado. Podía explotarse con posibilidades de liberar Madrid. Pero el Generalísimo razonó mejor. Mal General es el que cambia con facilidad de objetivos. ¡El que no sabe lo que quiere! Y prosiguió impertérrito la batalla en las tierras cantábricas. Lo predijo exactamente: "*En el Norte está la victoria*". Y así, justamente, ocurrió.

En el lado rojo, desde el que queremos pintar esta batalla, los acontecimientos fueron elocuentes. La bondad de los mandos, de la instrucción y de la organización y, desde luego, el singular arrojo de los hombres del Ejército Nacional, les habían mostrado un éxito magnífico.

Del lado de allá de las trincheras, los comentarios eran divertidos. Según Negrín, Miaja "*no servía para nada, y no sabía exactamente por dónde iba el frente*". Prieto tiene que estar allí, porque no hay Generales. Menéndez, el ayudante de Azaña, asegura a éste que "El Campesino", Líster, Modesto y Mera son unos ignorantes que nada saben. Ninguno de ellos, añade, es capaz de leer un plano, salvo Modesto. Los otros, ni saben ni lo creen necesario. "El Campesino", a quien le dieron un plano, le volvió al revés y le colocó de mantel en una mesa. Por otra parte, Mera dice que los mandos rusos "*no eran cosa del otro jueves*", y llama a las camarillas de los oficiales soviéticos "*tertulia de ignaros*". Y como son éstos los que actúan, se comprende la ignorancia del "héroe a la fuerza" que es, en realidad, Miaja. Cuenta el propio Menéndez que le había visto entrar en su Estado Mayor, donde el personal trabajaba, y había dicho, al pasar, a los oficiales: "*¡Bueno! ¿Qué estáis haciendo ahí que no me queréis decir nunca?*"...

Lo peor de Brunete, para los rojos, fué que desmoralizó a su Ejército, a las "Brigadas Internacionale", esto es, al Ejército ruso realmente. Hernández Sarabia—que había sido jefe del fatídico "*gabinete negro*" de Azaña, el "triturador"—explica que Azaña le informó de que las bajas propias ascendían a 20.000, pero *sin incluir a los muertos*. Aquel fracaso causó graves estragos, en consecuencia, en las filas marxistas. Antes, en Navacerrada, comenzaron a surgir los "*grognards*" de esta ocasión, no lejos, por cierto, como vemos, de don-

de aparecieron también los primeros *"gruñones"* de las filas napoleónicas, cuando Bonaparte pasara el puente de Guadarrama en medio de un duro temporal. Pero Brunete terminó agravando singularmente las cosas. Los voluntarios extranjeros comenzaron a amotinarse y lanzar amenazas contra Marty. Los jefes de las Brigadas se comportaron mal. Hubo alguno, como el Comandante Alocca, de Caballería, que, al recibir la orden de intervenir, abandonó a sus hombres y cogió un automóvil, en el que huyó, ¡no parando hasta salvar la frontera francesa! En la Brigada 13 surgió una rebelión cuando se pretendió volverla nuevamente a la línea de fuego. Krigger, su jefe, mató a uno de sus hombres, para reprimir a sus soldados. Pero éstos le amenazaron y tuvo que escapar protegido por fuerzas de Guardias de Asalto. Fué menester disolver la Brigada y repartir sus componentes entre las demás. Negrín explica a Azaña que al pasar por Tarancón, en su automóvil, se enteró de que la 11 Brigada Internacional había abandonado su puesto y marchaba en desorden a Madrid, con ánimo de hacerse dueña del Gobierno. El éxodo fué general. En Madrid, la mayoría de los "internacionales" buscó la representación diplomática de su país para que ésta les repatriara. El Secretario de Embajada belga, Barón Borsgrade, que se ocupaba de tales menesteres en lo que concernía a sus connacionales, fué asesinado por los agentes comunistas y abandonado su cadáver cerca de Colmenar.

Tal fué el final de esta batalla planeada por los rusos, montada por los rusos, realizada por los rusos, utilizando como carne de cañón, junto a las *"Brigadas Internacionales"*, dependientes del Estado Mayor ruso, otras unidades rojas españolas que el Gobierno de Valencia, a las órdenes también de Moscú, según ha quedado bien probado, sacrificaba en holocausto de la omnipotencia del *"Padrecito Stalin"*. Para eso estaban aquí los Kulik y los "tovarich". A la postre, éstos no se batían. Stalin había dado la orden de que se pusieran fuera del alcance de la artillería. Su misión era otra: hacer que se batiesen los demás. Los que cayeran no importaban, ni poco ni mucho, al Kremlin, que sólo tenía los ojos fijos en sus planes propios.

Por eso, la guerra se prolongaría así veinte meses más. ¡Para mayor gloria de la Unión Soviética! Porque era Rusia, ella sola, la que hacía y dirigía la guerra. He aquí lo que ahora sabemos bien y por lo que le gustaría mucho que lo olvidáramos. Esta es siempre, por otra parte, su operación predilecta: el *"lavado del cerebro"*...

*El Alférez provisional.-De una foto de nuestras trincheras.*

